

August 2002

Número 29: Undécimo Domingo después de Pentecostés - Decimocuarto Domingo después de Pentecosté

Follow this and additional works at: <http://digitalcommons.luthersem.edu/eeh>



Part of the [Christianity Commons](#), and the [Practical Theology Commons](#)

Recommended Citation

(2002) "Número 29: Undécimo Domingo después de Pentecostés - Decimocuarto Domingo después de Pentecosté," *Estudios Exégeticos Homiléticos*: Vol. 2002 : No. 29 , Article 1.

Available at: <http://digitalcommons.luthersem.edu/eeh/vol2002/iss29/1>

This Article is brought to you for free and open access by Digital Commons @ Luther Seminary. It has been accepted for inclusion in Estudios Exégeticos Homiléticos by an authorized editor of Digital Commons @ Luther Seminary. For more information, please contact akeck001@luthersem.edu.

ESTUDIO EXEGÉTICO-HOMILÉTICO 029 – Agosto 2002**Instituto Universitario ISEDET****Autorización Provisoria Decreto PEN N° 1340/2001****Es un servicio elaborado y distribuido por el Instituto Superior Evangélico de Estudios Teológicos (ISEDET), Buenos Aires, Argentina****Este material puede citarse mencionando su origen****Autor de los EEH del mes de agosto de 2002: Pablo R. Andiñach****Domingo 04.08.2002 – Undécimo Domingo después de Pentecostés – Pablo R. Andiñach****Sal 145:8-9,15-22; Is 55:1-5; Ro 9:1-15; Mt 14:13-21****Introducción**

La narración del milagro de multiplicación de los panes y peces está presente en los cuatro evangelios. Eso muestra el fuerte impacto que tuvo en las primeras comunidades cristianas y cuán difundida estuvo la imagen de Jesús como aquél que se compadecía de la necesidad del otro y actuaba en su ayuda.

Milagro y números

Este domingo leemos la versión de Mateo del cap. 14. Notemos que en el capítulo siguiente (15:32-39) vuelve a contarse un milagro similar pero con algunas diferencias. Es notable el juego de los números dentro de estas narraciones. En el cap. 14 parten de cinco panes y dos peces. La suma es siete, un número que en la simbología bíblica significa la totalidad, lo acabado. En este caso podría entenderse como “lo suficiente, lo que alcanza”. Al finalizar el relato sobran doce canastas, otra vez un número clave que alude a aquello definido por la voluntad de Dios: doce tribus de Israel, doce discípulos de Jesús. Expresan la voluntad de abundancia de alimento y la saciedad de aquellos que son alimentados por los que Dios da. En el caso del cap. 15 se parte de “siete panes y algunos peces” y arriban a un sobrante de siete canastas llenas. En este segundo caso el recurso al número siete es mayor porque aquí se enfatiza el resultado directo de pasar de siete unidades a siete canastas. En ambos casos los números aluden a la totalidad con que Dios responde frente a la necesidad. Expresan la generosidad de Dios en contraste con la mezquindad humana.

Volviendo a Mateo 14:13-21 vemos que el contexto narrativo ubica a Jesús apartándose para lamentar la muerte de Juan el Bautista. Se señala que se fue solo a un lugar desierto. Con esto se quiere decir un lugar apartado, donde no hay aldeas ni pasa gente en forma habitual. Allí el Señor se lamenta por el trágico final de quien lo había bautizado. Pero la multitud lo sigue hasta donde él está. Uno puede preguntarse si lo siguen para acompañarlo en un momento de suma tristeza, para estar con él en la lamentación y fortalecerlo como lo hacemos cuando visitamos a los

deudos de un reciente fallecido, o si lo hacen porque buscan su palabra y compañía sin considerar su angustia. Es muy probable que lo primero esté más cerca de la verdad debido a que la figura de Juan el Bautista había llegado a ser muy conocida y apreciada (véase 14:5) y su muerte violenta sin duda muy lamentada por muchos de quienes seguían a Jesús y conocían a ambos. Si bien el camino de Jesús parece haberse bifurcado respecto a Juan, no se puede afirmar que los vínculos se hubieran roto. Prueba de ello es el impacto que produce en Jesús su muerte y su alejamiento a orar. De modo que al dejar Jesús su lugar de soledad y llanto se encuentra con la multitud que ha venido a *compadecerse* de él, a consolarlo en un momento tan difícil.

Tuvo compasión de ellos

La primera sorpresa del relato es que Jesús se *compadece* de ellos. Venían a consolarlo y él los consuela a ellos. Se nos dice que sanó a los que estaban enfermos de entre ellos. Luego entran en escena los discípulos, despistados y equivocándose como suelen hacerlo: le aconsejan despedir a la gente y enviarla a comprar el alimento que necesitan. Uno puede señalar al prudencia y razonabilidad de la actitud de ellos. Los discípulos piensan en la inmediatez de los hechos y no consideran la oportunidad que Jesús ve de dar un testimonio de la voluntad de Dios. Por otro lado – y para ser justos con los Doce – si hubieran solicitado del Señor un milagro probablemente no lo habría hecho, para mostrarnos que Dios a diferencia de nosotros no actúa por presión externa sino por propia voluntad. Pero en este caso Jesús encuentra sobrados motivos para poner en evidencia la voluntad del Creador. Ante la noticia de la muerte de uno de sus mayores profetas, y ante el éxito de las políticas y voluntades de los poderosos todo parece indicar que el proyecto de Dios pierde terreno, que triunfan aquellos que ejercen la fuerza y el poder sobre los débiles y desamparados.

Entonces Jesús decide que es oportuno manifestar el plan de Dios una vez más. A nuestro entender uno de los elementos centrales de este relato es la gratuidad de lo que Dios da. En esta idea nos ayuda el texto elegido de Isaías 55:1-5 que además de ser literariamente de una altura suprema es de una profundidad querigmática notable. Lo que Dios otorga lo hace sin pedir nada a cambio. La sed y el hambre se sacian sin dinero, sin transacción comercial. Las bendiciones del Señor no son parte de un negocio celestial donde se nos da sólo en respuesta a nuestro ofrecimiento en trueque de algo que poseemos (¿y que a Dios le falta?). Dios bendice gratuitamente y en respuesta a esa bendición es que obramos testificando su evangelio, la gratuidad de su amor. Como vemos la desproporción es enorme, casi infinita. Si se nos diera en razón de lo que nosotros ofrecemos estaríamos las más de las veces con las manos vacías. Si nuestras obras fueran la medida de lo que hemos de recibir ni nuestra hambre ni nuestra sed se irían nunca. Pero sobraron doce canastas llenas...

Un sermón de ejemplo

En junio de este año tuve la oportunidad de predicar sobre este tema en la ciudad de Basilea, Suiza. Sin pretensión de normatividad, creo que compartir lo central de ese sermón puede ayudar a dar ideas mostrando un caso concreto de aplicación del texto a un contexto particular.

Todos comieron

Queridas hermanas y hermanos:

Hace dos mil años Jesús vio a la multitud hambrienta y no dudó en poner delante de ella lo que parecía poca comida para tanta gente. El relato nos cuenta que la aparente escasez escondía una abundancia maravillosa. Los pocos panes y peces resultaron multiplicados milagrosamente para posibilitar la continuidad de la vida, la saciedad del hambre, y mostrar el amor de un Dios sensible al dolor humano. La escena nos enseña el contraste entre la abundancia y generosidad del Señor y la miseria de la sociedad que condenaba a miles de hombres, mujeres y niños a la desprotección.

Hoy no estamos lejos de aquella situación. La entrada de la humanidad en el tercer milenio se produce en el humillante y escandaloso contraste entre un desarrollo tecnológico inimaginable tan solo algunas décadas atrás y la masiva producción de pobreza y marginalidad. Si las ciencias aplicadas a la vida cotidiana resuelven casi todos los problemas materiales que una persona puede tener, las ciencias económicas planifican y ejecutan a través de empresas transnacionales y organismos internacionales la maximización de las ganancias por la reducción de puestos de trabajo, organizan el endeudamiento creciente y desmedido de los países débiles a favor de los poderosos, imponen la prescindencia del Estado respecto a los servicios esenciales como la salud, la educación, el medio ambiente, lo que conduce a la más cruel intemperie física y cultural a millones de personas. En este comienzo de siglo no hay ningún líder político en el ámbito internacional que plantee la necesidad fundamental de erradicar la pobreza. Y esto es llamativo porque ahora como nunca antes en la historia de la humanidad un líder o un pequeño grupo de ellos ha logrado concentrar en sus manos tanto poder como para hacer realidad aquello que consideren necesario: ellos hacen y deshacen guerras, crean y destruyen países, imponen sistemas legislativos a los países débiles en beneficio de sus intereses, denuncian la corrupción ajena luego de alentarla y servirse de ella, desarrollan o hunden economías a su voluntad. Pueden hacer – y de hecho hacen – lo que quieren en casi cualquier parte del mundo. ¿Con tanto poder y riqueza porqué no ganarse el elogio universal de ser los vencedores del flagelo mayor que enluta a la humanidad como son el hambre y la pobreza con todas sus consecuencias? ¿A qué se debe tanta mezquindad? ¿Acaso no son casi todos cristianos estos líderes?

Podríamos caracterizar esta era como la del deterioro de la vida. En nuestros días como en tiempo de Herodes, la vida ha perdido valor en todos sus frentes: personal, social, político, ambiental, cultural. Desde los centros de poder la vida es considerada una mercancía demasiado cara como para adquirirla y preservarla. “No falta trabajo sino que sobra gente” parecen decir los economistas que dirigen los capitales internacionales. “Que los perros de unos pocos se coman las proteínas que se le niegan a los hijos de muchos puede ser una injusticia pero esas son las leyes del mercado” repiten orgullosos de su dialéctica los intelectuales de la economía que predomina en prestigiosas universidades del norte.

Sin embargo esta situación no deja insensibles a millones de personas. Muchos son los que ven el presente y el futuro con preocupación y se movilizan para construir una sociedad distinta. Creyentes de todas las latitudes buscan nuevos paradigmas que los ayuden a encontrar salidas, a

fundamentar sus proyectos y esperanzas, y a construir una sociedad con justicia. Creen que es posible hacerlo y que dentro de esa búsqueda el mensaje del Evangelio tiene mucho que aportar. De hecho ya lo está haciendo cada vez que nos reunimos para orar juntos, para compartir nuestras esperanzas y proyectos, para alentar nuestra visión evangélica de una sociedad guiada por el derecho y la equidad.

No estamos hoy reunidos para clamar al Señor por otro milagro de multiplicación de los alimentos. Aquel fue suficiente para mostrarnos su amor, su voluntad para con los pobres. Pero sí clamamos y oramos por la conversión de aquellos que tienen el poder para hacer que el hambriento y el pan se encuentren, el poder para crea las condiciones sociales donde la vida sea dignificada. Oramos para que comprendan que las buenas noticias a los pobres no son malas noticias a los ricos si estos son creyentes y viven incómodos por la miseria de millones, y anhelan con todo su corazón el fin de las injusticias. Tampoco serán malas las noticias si están dispuestos a orar con nosotros y también con los más pobres de nuestro tiempo “hágase tu voluntad aquí en la tierra como en el cielo”.

Pocos panes, pocos peces, mucha hambre. Y Jesús respondió con generosidad a la multitud que confiaba en él. Hoy somos invitados a poner nuestros panes y nuestros peces, nuestras manos y nuestros corazones, nuestros pensamientos y nuestros cuerpos al servicio del hermano y la hermana que tienen hambre de pan y sed de justicia. Jesús una y otra vez responderá con la misma generosidad de aquel día en la colina de Galilea.

ESTUDIO EXEGÉTICO-HOMILÉTICO 029 – Agosto 2002**Instituto Universitario ISEDET****Autorización Provisoria Decreto PEN N° 1340/2001****Es un servicio elaborado y distribuido por el Instituto Superior Evangélico de Estudios Teológicos (ISEDET), Buenos Aires, Argentina****Este material puede citarse mencionando su origen****Domingo 11.08.2002 – Duodécimo Domingo después de Pentecostés – Pablo R. Andiñach****Sal 85:8-13; 1° Re 19:9-18; Ro 10:5-15; Mt 14:22-33.****Introducción**

Luego de la multiplicación de panes y peces Jesús envía a sus discípulos a cruzar el mar de Galilea mientras él despide a las personas que lo siguieron para entonces retirarse a orar. ¿Será que desea continuar con su meditación motivada por la muerte de Juan el Bautista (14:1-12), la que fuera interrumpida por la gente? ¿O se retira para meditar en el milagro reciente, el que acaba de efectuar? No lo sabemos con exactitud pero lo que sí podemos afirmar que cuando se hizo la media noche y finalizó su tiempo de oración se dirigió nuevamente hacia sus discípulos. Y como estaban en medio del lago y para colmo el viento era fuerte y contrario a su dirección, lo hizo *caminando sobre las aguas*. ¿Por qué?

El sentido de los milagros de Jesús

Hace algunos años se intentaba mostrar que las narraciones de milagros de Jesús eran relatos contruidos sobre hechos naturales comunes que se agigantaban a fin de exaltar la divinidad del Mesías. En este caso se sugería que la barca no estaba lejos de la orilla pero la oscuridad nocturna y el viento les daban la sensación de estar en medio del lago. Así, Jesús se habría acercado caminando sobre las piedras de la orilla *pero fue visto por los discípulos como caminando sobre las aguas*. Pedro también habría pisado sobre piedras o el mismo lecho del lago pero a poco de andar su temor a las olas y la oscuridad lo habría hecho caer y hundirse. Como alternativa racional no está mal pensada, pero adolece de considerar los milagros como desafíos a la razón más que como testimonio de la diferencia esencial entre Dios y nosotros, entre nuestros caminos y los suyos. Aquella reflexión se pregunta cómo sucedió tal hecho milagroso y cual es su posible explicación racional. Esta otra se pregunta por el sentido del milagro, lo que encierra y lo que muestra, el desafío a la fe que supone su trama que supera largamente los mismos hechos físicos sucedidos.

Las narraciones de milagros tienen al menos cuatro intenciones. En *primer* lugar dan testimonio del poder de Dios sobre todas las cosas, incluida la naturaleza por él mismo creada. Las leyes naturales rigen el desarrollo de las cosas pero éstas están también sujetas de la acción de Dios.

Con esto se opone al fatalismo de ayer y hoy que supone cierta incapacidad para la sorpresa, para lo distinto en la historia humana.

En *segundo* lugar los milagros ponen en evidencia la distancia entre Dios y nosotros. Cuando nuestras fuerzas están agotadas y cuando nuestra capacidad de acción está vencida, Dios vuelve a sorprendernos con su propuesta que supera no sólo la miopía humana sino que devuelve la esperanza en el plan que tiene para nosotros. Esta distancia también ayudaba a distinguir entre Jesús y los abundantes y cotidianos Mesías de su época. Sin llegar a afirmar que lo único característico de Jesús fuera el hecho de obrar milagros, es claro que los evangelios insisten en que en él las leyes naturales se flexibilizaban para ponerse al servicio de su mensaje.

Un *tercer* elemento es que los milagros en determinadas situaciones mostraban la voluntad de Dios. En este caso están en peligro de muerte y el Señor viene a salvarlos. Cabe la pregunta si no podía calmar las aguas desde la orilla, si necesitaba de *este* milagro para preservar la vida de los discípulos. Creo que la respuesta es que como en tantos otros casos la intención de Jesús no es solo una sino que en un milagro se tejen varios hilos a la vez. Aquí preserva la vida de ellos, pero a la vez prueba su fe, pone en evidencia su duda, convoca a la adoración, y manifiesta que es el hijo de Dios.

El *cuarto* elemento de los milagros es que se hacen para provocar la fe. Ningún milagro tiene un fin en sí mismo sino que apunta siempre en otra dirección, distinta del hecho en sí y más profunda que el acto de saltar por encima de las leyes naturales. Si valieran por sí mismos tendríamos derecho a reclamarle más milagros a Dios para que solucione los múltiples problemas que hoy como ayer aquejan a la humanidad. Es más, cabría considerarlo un Dios cruel pues teniendo las facultades para evitar el dolor y la angustia no las utiliza tan sólo para dejarnos a nosotros la libertad de hacerlo, incluso sabiendo que lo hacemos muy mal. Pero cuando leemos los evangelios vemos que Jesús hizo muy pocos milagros si los comparamos con el tiempo que duró su ministerio. Y los que hizo están vinculados a provocar o fortalecer la fe de los que asistían como testigos. De modo que entender los milagros como una “*prueba* de que Dios estaba en Cristo” o tan solo como una “*prueba de la existencia* de Dios” por demostración de sus poderes, es errar la intención del texto. Al evangelista le interesa hacer crecer en el oyente la fe en Cristo, así como a Jesús le interesó modelar la fe de su discípulos.

Confiar en Cristo

Ver una figura que venía a ellos caminando por las aguas y considerarlo un fantasma es una prueba de que Jesús no hacía milagros a cada rato. A pesar de haber presenciado la multiplicación de panes y peces no se les ocurría que el Señor podía estar obrando un nuevo milagro. De hecho Jesús no actuaba así cotidianamente. Que Pedro pida una prueba de identidad solicitándole caminar él también sobre el agua refuerza esto que estamos diciendo. Ni aceptando que alguien está caminando sobre el agua piensan que ese tiene que ser Jesús. Es curioso que la certificación solicitada por Pedro no consiste en dejar ver su rostro o acercarse a fin de tocarlo sino consiste en que comparta el milagro con los discípulos, en este caso él mismo. Es como si Pedro dijera “si tienes poder como para que yo pueda hacerlo entonces voy a creerte”. Pero los papeles se van a invertir. Mientras el planteo de Pedro es poner a prueba a Jesús, que demuestre

quién es y qué poder tiene, el probado va a ser él mismo que luego de comenzar a caminar sobre el lago no acepta ni sus propias palabras (“si eres tu, manda que yo vaya a ti sobre las aguas”) y se hunde en medio de un bochornoso fracaso. Es decir, Jesús le concede lo que pide pero Pedro fracasa por su incredulidad, por su falta de confianza en el Cristo que tiene delante caminando hacia él.

La incredulidad de Pedro – y la nuestra – es doble. Por un lado no cree en las palabras de Jesús (“ten ánimo, soy yo, no temáis”). No le basta con oír su voz: prefiere creer en un fantasma que en su Señor Jesús a quien conoce de cerca. A veces sucede que somos más dados a ir detrás de algún vendedor de supuestos milagros, de alguien que promete maravillas y futuros éxitos, de quien nos pinta de dorado el camino, que de hacer el esfuerzo de reconocer la voz del aquél que no promete más que acompañarnos en el camino y ser nuestra fortaleza. Preferimos milagros a ver la acción del Espíritu, preferimos un fantasma a la presencia del Cristo resucitado en medio nuestro. Sin embargo, sabemos que ni los milagros ni los fantasmas existen en verdad, y si existen no tienen el poder que proclaman – o que ingenuamente les asignamos. Es verdad que a los amuletos los podemos llevar y traer donde queramos, que los milagros y sus historias siempre encuentran un medio para posponerse hasta la próxima vez en la que *esta vez sí* comprobaremos su eficacia y veracidad. Su engaño está en que en realidad nos movilizan a nosotros mismos, son nuestras fuerzas las que entran en juego y aparentan ser la de ellos. Pero siendo nosotros mismos los que desplegamos las fuerzas que aparecen como del amuleto, hay algo que no podemos hacer por nosotros mismos y por consiguiente pone a la luz la debilidad del amuleto, del fantasma, el milagrero. Es lo que reclama Pedro al sentir que se hunde en el mar: “Señor, sálvame”.

La segunda incredulidad de Pedro – y los discípulos, y nosotros – consiste en dudar de que Jesús es el Mesías. Ya está caminando sobre las aguas *e igual se hunde por su temor*. A pesar de caminar no cree. ¿Qué más necesita? Por lo que leemos en otros textos evangélicos no hay nada hasta pentecostés que termine por convencer a los discípulos de la plena salvación inaugurada por la presencia de Jesús entre ellos. Dudan hasta el último momento.

Lo adoraron

El final de la narración nos reconcilia con los testigos de aquel hecho y nos abre una puerta de esperanza. La mano extendida de Jesús cumple con lo pedido, esto es, salvar la vida de Pedro y de los demás al calmar las aguas. La salvación – en este caso algo muy preciso que consiste en no morir ahogados en la tormenta – viene por obra de Jesús y del milagro de detener los vientos. Es el Mesías porque salva y porque no condena la incredulidad y la duda sino que obra a fin de que sean superadas. ¿Por qué no esperar un castigo para la infidelidad de Pedro y los demás discípulos? ¿Acaso no habían mostrado una ceguera incorregible aún caminando sobre el agua? Sin embargo el fin del milagro no es destruir al incrédulo sino poner en evidencia la debilidad humana y el poder de Dios. Y así invitar a la fe en aquel que en verdad puede salvar.

La lectura del Antiguo Testamento nos presenta un hecho central en la vida del profeta Elías. Cuando sale de la cueva y presencia fuertes y tremendos meteoros donde podía esperarse la presencia del Creador pero el texto señala que Dios no estaba en ellos. Sólo cuando sintió una

suave brisa y un sonido tranquilo pudo descubrir la presencia de Dios. El énfasis está en saber discernir la voz de Dios en medio de tantas otras voces y su acción en el contexto de tantos movimientos. Elías no se dejó llevar por el calor del fuego ni por el poder del terremoto. Supo que Dios estaría allí cuando él mismo se quisiera manifestar. A diferencia de Pedro no puso a prueba la identidad de Dios sino que esperó hasta que en la maraña de las cosas pudiera reconocerlo. Y aceptó su plan aún cuando ponía en peligro su vida.

Este pasaje puede aprovecharse para ilustrar la actitud casi opuesta a la de los discípulos de Jesús ante la presencia de Dios. Elías sabe escuchar. En ambos casos el Señor va a salvar de la muerte a sus discípulos (Elías, Pedro, otros...) En ambos casos, también, el Espíritu va a conducir a cada uno por el camino que Dios les ha preparado.

ESTUDIO EXEGÉTICO-HOMILÉTICO 029 – Agosto 2002**Instituto Universitario ISEDET****Autorización Provisoria Decreto PEN N° 1340/2001****Es un servicio elaborado y distribuido por el Instituto Superior Evangélico de Estudios Teológicos (ISEDET), Buenos Aires, Argentina****Este material puede citarse mencionando su origen****Domingo 18.08.2002 – Decimotercer Domingo después de Pentecostés – Pablo R. Andiñach****Sal 67; Is 56:1-8; Ro 11:1-2, 29-32; Mt 15:21-28.****Introducción**

El relato que abordamos hoy tiene un doblez. Por un lado comienza con el pedido de una mujer por la salud de su hija, la que estaba muy enferma. Por otro lado la narración deriva en el tema de la fe de la mujer y de la inclusión de los no judíos en la salvación traída por Jesús. El primer caso supone un milagro de curación y reclama por la intervención de Jesús. El segundo aspecto pone en escena a la mujer, su humildad y su fe. Ambos son distintos pero están muy relacionados.

El lugar

Al decir “saliendo de allí” está refiriendo a la región de Galilea. Va entonces hacia Tiro y Sidón, dos ciudades puertos sobre la costa del Mar Mediterráneo habitadas por cananeos pero también por muchos judíos. Eso explica la presencia de Jesús allí, la que no puede entenderse como la de ir hacia los no judíos sino hacia los judíos que vivían en esas aldeas. La discusión con la mujer muestra que la primera intención de Jesús es dirigirse a “las ovejas perdidas de la casa de Israel”, es decir, a los judíos alejados de las prácticas religiosas regulares. Allí habitaban gran número de judíos que debido a la influencia del medio extranjero iban perdiendo su identidad religiosa. A la vez esta mezcla de culturas también había producido cierto sincretismo religioso y mutua influencia. Una prueba de ello es que cuando la mujer llama a Jesús “hijo de David” evidencia que conoce algunos elementos de la fe judía aunque ella misma se reconoce fuera de esa fe al aceptar ser parte de los “perros que comen las migajas que caen de la mesa de sus amos”.

Desde el punto de vista de una predicación deber estar claro que ella no es judía ni que tampoco es una cananea convertida a la fe de Israel. El sentido del texto es justamente que la gracia se derrama sobre alguien ajeno a la religión de Jesús, pero con una profunda fe y un reconocimiento del poder de Dios manifestado a través de quien ella tiene delante. Podemos decir que reconoce en Jesús a alguien que actúa por misericordia y que tiene capacidad de sanar a su hija.

La curación

Sólo al comienzo y al final del relato se menciona este tema. La mujer actúa por desesperación ante el hecho de que su hija está endemoniada. Esta descripción de la enfermedad de la hija era habitual en la época. Podía manifestarse como locura o con violentas actitudes de histeria. Pero también en otros casos simplemente llamaban endemoniado al organismo que estaba enfermo por el solo hecho de estarlo. Se entendía que sentirse mal en forma crónica sólo podía deberse a que el cuerpo había sido abordado por una fuerza sobrenatural que lo dominaba y no lo dejaba desarrollarse sanamente. Hoy sabemos que las enfermedades son producidas por desequilibrios naturales (físicos o psicológicos), pero la idea de que el causante del mal y la enfermedad es un elemento que puede ser desterrado del organismo no ha cambiado desde entonces, sea este orgánico o de carácter psíquico. Así la madre clama para que Jesús utilice su poder para erradicar la enfermedad del cuerpo de su hija.

Mientras que temáticamente el desarrollo de la narración deriva hacia el tema del derecho a recibir una bendición de parte de Jesús, al final del pasaje éste resuelve el problema de salud que ella le plantea. La frase que utiliza es “hágase contigo como quieres”. Son muy sugestivas estas palabras de Jesús porque no aluden a la hija sino a la madre. Lo que dicen es que le concede lo que ella desea, es decir, se enfatiza la voluntad de la madre. Jesús ha valorado la pasión con que esta mujer ha reclamado por su hija y la fe que la ha llevado a pedirle a un desconocido perteneciente a otro pueblo y otra fe aquello que la aqueja.

Como elemento para tener en cuenta en la predicación está el hecho de que en este milagro de curación la enferma está en un segundo plano. De hecho Jesús en ningún momento la nombra ni la llega a conocer. El milagro, una vez más, es motivo para resaltar la fe y la misericordia de Dios.

La discusión

El diálogo que se desarrolla en el centro temático de este pasaje tiene como protagonistas principales a Jesús y la mujer cananea, y marginalmente a los discípulos. Estos últimos intentan deshacerse de ella pidiéndole a Jesús que la “despida”, es decir, la rechace con motivo de que molesta al gritar detrás de ellos. La respuesta de Jesús tal como está en el texto es un tanto problemática debido a que si bien no concede a los discípulos el pedido de rechazarla, hace una declaración clara que limita el acceso de los no judíos a la salvación que él viene proclamando. En ese sentido puede entenderse esta reacción del Señor como dirigida no hacia sus discípulos sino hacia la mujer misma, preparando el terreno para el diálogo que continúa. Si bien el v. 24 comienza diciendo “respondiendo”, lo que deja claro que se está dirigiendo a los discípulos y afirmando en la dirección que ellos habían solicitado, puede también entenderse que lo hace en voz alta de modo que la mujer escuche. A mi entender la frase que continúa (“entonces ella vino y se postró ante él”) supone que la mujer ha escuchado la declaración de Jesús que la excluye de los beneficios de su misericordia.

Ante tamaña formulación no le queda otro recurso que postrarse ante él. Es interesante observar que leído el texto en forma literal y llana la mujer finalmente tuerce la voluntad de Jesús. Hasta este momento lo que sabemos es que Jesús no la rechaza pero que tampoco contempla atender su pedido. Explícitamente dice (y es peor si entendemos que ella *escucha* lo que él dice) que ella no

es parte de aquellos a quienes ha venido a atender. Esta singular situación se acentúa en las líneas siguientes. Ella clama por ayuda y Jesús responde con una dureza no esperada: “No está bien tomar el pan de los hijos y echarlo a los perros”. La agresividad de esta frase no puede soslayarse aunque los motivos que el Señor tuvo para decirla pueden ser materia de debate. No estamos acostumbrados a encontrar en los evangelios textos donde Jesús ante una persona que clama por misericordia le responde distinguiendo entre “los hijos” y “los perros”. Los primeros son aquellos pasibles de ser bendecidos mientras que los segundos quedan fuera del ámbito de interés de su ministerio. Los segundos recibirán el trato de los animales, serán despreciados. Aún hoy – y aunque se lo considere “el mejor amigo del hombre” – sigue siendo como en aquellos tiempos una expresión sumamente despectiva la que cuando es dirigida a una mujer agrega al desprecio la connotación de la prostitución.

Pero esta mujer cananea no sólo es muy inteligente sino que utiliza todos sus recursos para lograr la salud de su hija. Responde a esas palabras derivando la atención hacia los únicos perros que son pasibles de cariño y amor: las mascotas de la casa familiar. Ella coloca el ejemplo de Jesús (“los perros”) en el único contexto donde estos animales son queridos, mimados y tratados casi como a los propios hijos. De sus palabras se infiere fácilmente que los perros a que ella alude no son despreciables. Estos son perros que no son salvajes pues tienen amos, que viven en una casa pues acceden a los costados de la mesa familiar, que aunque sean los restos comen de la misma comida del amo.

No es posible inferir de las palabras de Jesús que él estuviera refiriendo a esos simpáticos perros que tanto aman las personas y que llevan al veterinario cuando los ven tristes o rengoando. Jesús usó la expresión despectiva tal como hoy también la usamos. La fuerza de la mujer extranjera dio vuelta el argumento del Señor.

Las cuatro barreras que vence la mujer

Esta mujer tiene que vencer cuatro barreras para alcanzar la meta de salvar la vida de su hija. La *primera* es la de ser mujer y ser escuchada. Su condición de mujer la limitaba en el acceso a un mundo dominado por los varones.

La *segunda* es su condición de extranjera. Ya dijimos que Jesús no fue hasta allí para dirigirse a personas como ella sino a los judíos habitantes de esas ciudades. Por extranjera no la dejaban acercarse al Señor.

La *tercera* es la barrera impuesta por los discípulos. Estos no querían a una mujer gritando a sus espaldas, clamando por ser atendida por el maestro. Ella distraería el tiempo que él debía dedicar a los suyos.

La *cuarta* – y quizás la más difícil – fue vencer las palabras del mismo Jesús que en dos oportunidades cierra el acceso de ella al beneficio de su bendición. Lo esperable es que una vez que Jesús da a entender que él no está allí para personas como ella la mujer se decepcionara y abandonara su lucha.

Finalmente el mensaje se centra en la fe de la mujer extranjera. Jesús concede la salud a la hija en virtud de su fe y únicamente por ello. Nos enseña también que Jesús se sensibilizó – y cambió de

actitud – ante la insistencia de ella. Ella tuvo fe en Jesús aún sin conocer su doctrina en detalle. Y el motivo de su tozudez y su fe no era otro que el de salvar una vida.

ESTUDIO EXEGÉTICO-HOMILÉTICO 029 – Agosto 2002**Instituto Universitario ISEDET****Autorización Provisoria Decreto PEN N° 1340/2001****Es un servicio elaborado y distribuido por el Instituto Superior Evangélico de Estudios Teológicos (ISEDET), Buenos Aires, Argentina****Este material puede citarse mencionando su origen****Autor de los EEH del mes de agosto de 2002: Pablo R. Andiónach****Domingo 25.08.2002 – Decimocuarto Domingo después de Pentecostés – Pablo R. Andiónach****Sal 138; Is 51:1-6; Ro 12:1-8; Mt 16:13-20.****Introducción**

La pregunta de Jesús a sus discípulos suena hoy tan válida como en aquellos tiempos. “¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre?” Si en aquella época la mayoría de las personas no sabían quién era Jesús, hoy es el personaje más famoso de la historia humana. Hay miles o millones de imágenes suyas y es adorado y venerado en miles de templos. Son innumerables los libros escritos sobre él y sus enseñanzas y centenares las películas filmadas acerca de su vida. Pero... ¿sabemos quien es?

Nombres y personajes

En este pasaje se nombran muchas personas y actúan varios personajes. Cuando los discípulos responden a su pregunta nombran a Juan el Bautista, Elías, Jeremías... Del primero sabemos que había sido recientemente asesinado por Herodes (14:1-12) y que muchos lo consideraban un profeta de tal magnitud que bien podía resucitar y volver a presentarse en la figura de Jesús. Algunos entonces pensaban que ese que caminaba entre ellos era Juan resucitado. Sobre Elías existía la tradición que había de volver. Esto se basaba en la narración de su exaltación a los cielos (2 Rey 2:11) en reemplazo de una simple narración de su fallecimiento. Se pensaba que si no murió y fue elevado por Dios a los cielos, entonces está vivo y ha de volver. Luego se menciona a “Jeremías y alguno de los profetas”, tan sólo para recordarnos que la expectativa mesiánica se construyó sobre la esperanza de que alguno de los grandes hombres de Dios volvería para instaurar el reino eterno. Jeremías gozaba de una alta estima debido a su papel protagónico en las historias de su libro. Este profeta siempre fue en la imaginación judía un candidato a volver para instaurar el reino de Dios.

Es notable constatar que en los tres casos a Jesús lo identifican con personas muertas. Este hecho no los perturbaba, ni siquiera a los propios discípulos. Desde otro punto de vista uno podría esperar que vincularan a Jesús con una función social “patrocinada” por Dios: un militar libertador, un sacerdote purificador del templo, un maestro de sabiduría, etc. Sin embargo algo

había en él que inducía a buscar más allá de las coordenadas regulares. De todos modos, aún con buenas intenciones, no daban en la tecla al momento de identificar a quién tenían delante.

El discípulo Simón aquí es también llamado Pedro. Este último nombre es simbólico ya que en aquel entonces no era utilizado como nombre propio. Significa “piedra” o “roca” y corresponde a la traducción griega del nombre semita Cefas que tiene el mismo sentido. La costumbre de dar nombres significantes era habitual y practicada con celo al punto conocido de cambiar de nombre cuando se entendía que algo fundamental había mudado en la vida de una persona. De modo que este nombre se ajusta a lo que vendrá enseguida, la declaración de que sobre esta *piedra* (o sobre Pedro) construiré mi iglesia.

Dos nombres espaciales aparecen en la narración. Cesarea de Filipo era una ciudad varios kilómetros al norte del mar de Galilea, casi un límite para la tierra de Israel. No debe confundirse con la Cesarea Marítima ubicada en la costa mediterránea y por momentos ciudad capital de toda la región de la que aún hoy hay formidables restos arqueológicos. Estabas lejos de los centros religiosos y políticos y quizás en razón de esto es que Jesús la elige para hacer tal pregunta y a continuación anunciar por primera vez su destino de muerte y resurrección (21-28).

El segundo nombre *espacial* es el Hades. Es obvio que no tiene un referente geográfico pero en la concepción de la época era un lugar bien específico. Era el lugar donde moraban las almas de los muertos a la espera de la resurrección final. Debe evitarse toda asimilación a la idea de lugar de castigo presente en la palabra *infierno*. El Hades era el lugar donde justos e impíos moraban. No era un lugar atractivo pero tampoco se lo consideraba una tragedia permanecer en él. Lo que establecía una diferencia era que en el juicio final algunos iban a ser retenidos en el Hades mientras que otros saldrían para habitar en el Reino celestial. La expresión “las puertas del Hades no la dominarán” significa que quienes estén en la iglesia no serán retenidos en aquel juicio por este lugar de muertos.

La confesión

Ante la evidente confusión Jesús insiste en preguntar ahora a ellos mismos quienes dicen que él es. A esta pregunta contesta Pedro afirmando que él es “el Cristo, el hijo del Dios viviente”. Esta confesión se la conoce como “confesión petrina” y es importante señalar que comparte con la “confesión marteana” (Juan 11:26b-27) ser los dos textos evangélicos que hacen explícita la identidad de Jesús como Cristo. Entre otras cosas la versión de Marta está enriquecida respecto a la petrina en que es en respuesta a “¿Crees esto?”

En nuestro caso la afirmación de Pedro concentra las expectativas respecto al Mesías. Confesarlo *Cristo* significa que es más que un excelente maestro de doctrina, más que un sabio versado en las escrituras. Lo coloca más allá de una buena persona que cura y se compadece de los pobres y marginados. Cristo significa ungido, elegido por Dios para una tarea que ningún otro puede realizar por él. Decir que es el Cristo es reconocer que en la historia de Dios con su pueblo se ha operado una bisagra fundamental.

A la vez, confesarlo *hijo del Dios viviente* era una forma de declarar su vínculo con el Dios de Israel. En aquellos tiempos sobraban dioses romanos y griegos, cananeos y egipcios, y tantos

otros a los que podía atribuírseles el poder de enviar un emisario. Era un tiempo en que todo valía en términos religiosos – y en eso no estamos nosotros hoy lejos. La expresión Dios viviente se aplicaba en los círculos judíos sólo a su Dios y como una forma de distinguirlo de los demás. Mientras el Dios de Israel era un Dios que actuaba en la historia y hablaba por medio de sus profetas, los otros Dioses eran considerados mudos, silenciosos, inexistentes.

Aún hoy se discute si la declaración de Jesús al decir “sobre esta piedra edificaré mi iglesia” refiere a la persona de Pedro o a la confesión que el discípulo acaba de hacer. Lo que está claro en el texto es que es *la confesión de fe* que acaba de hacer la que otorga a Pedro la condición de ser alguien sobre el que se construirá la nascente iglesia. Algunas líneas más abajo Jesús lo va a llamar Satanás (16:23) debido a que su actitud estorba el desempeño del ministerio de Jesús y sin duda sobre esa otra actitud del mismo Pedro no hay ninguna iglesia que se pueda construir. De todos modos es importante señalar que Jesús no delega la tarea de construir la iglesia en Pedro sino que preserva para sí mismo la autoridad de la tarea. Es el Señor el que dirigirá la construcción. Del mismo modo la declaración de Jesús es referida a esa situación particular y no supone la transmisión a sucesores, esto es, el poder de determinar quien a de seguir la construcción luego de Pedro. De hecho el liderazgo a poco de comenzar a crecer la iglesia luego de pentecostés se va a diversificar incluso sobre líderes anónimos, lo que refuerza la idea de que es la declaración de fe la que concede continuidad al liderazgo y la existencia de la comunidad.

La iglesia de ayer y de hoy

A los efectos de una predicación este texto es de una riqueza inmensa. No sólo habla de la base confesional de toda iglesia cristiana sino que nos enfrenta con el desafío de ser lo que allí se confiesa. En otras palabras, nos confronta con la responsabilidad de anunciar que Jesús es el Cristo. La iglesia nascente hizo de esa confesión la roca sobre la que basó su fundamento. Por ella vivieron y murieron los primeros cristianos. Por afirmarla encontraron la vida y a veces también la muerte hombres y mujeres de todos los tiempos. La iglesia de hoy también tiene por delante la tarea de afirmar las mismas palabras y hacerlas el centro de su anuncio.

Vamos a señalar *tres* aspectos en la vida de la iglesia actual que consideramos deben estar presentes en una predicación sobre este tema. El *primero* es que afirmar a Jesús como Cristo es negar la deificación de toda otra esfera de la vida. Hoy se deifica desde el mercado económico hasta los artistas televisivos. A estos se los llama “ídolos” sin reparar en el sentido de esa palabra. El mercado deificado es quizás el ejemplo más triste. Hay que *creer* en lo benéfico de sus leyes como si la economía no fuera una ciencia casi exacta cuyos resultados contradicen esa prédica en cada momento. Y como todo ídolo ese mercado reclama víctimas: los desocupados, los jubilados, los jóvenes sin futuro, los niños olvidados, y tantos otros son ofrecidos en su altar.

Otro aspecto de afirmar a Jesús como Cristo es que anuncia el triunfo de la voluntad de Dios por sobre la muerte y la mentira. Pero ese triunfo que debe ser conocido por todos está velado por la mezquindad humana y por la inacción de la iglesia. Nuestra pereza demora el hecho de que otras personas conozcan la alegría de vivir como parte de un pueblo que sabe que la última palabra la tiene Dios y que ya ha manifestado su voluntad para con sus hijas e hijos. Cada lágrima

derramada por efecto de la crueldad humana es una afrenta al Cristo resucitado que sufrió para que el dolor injusto no existiera más.

El *tercer* aspecto de proclamar a Jesús como el Cristo consiste en que hemos de asumir ser parte de su iglesia allí donde nos ha tocado estar. Los primeros cristianos no eligieron ni el tiempo ni el lugar para vivir su fe. Tampoco nosotros elegimos este tiempo. Pero aquí debemos dar testimonio de la presencia de Cristo en medio nuestro. Quizás debamos comenzar por preguntarnos qué significa ser testigo de Cristo hoy en este barrio, en esta ciudad. Quienes son aquellos que nos rodean y que esperan al igual que aquellos habitantes de Galilea que el Jesús hecho Cristo se les presente y les cambie la vida. La diferencia es que hoy la tarea es nuestra.